

La Declaración Universal en su 50 aniversario

Lo que aprendimos en la lucha

*Luis Ma. Pérez Aguirre, s.j.**

Le escuché decir a René Maheu, cuando todavía era Director General de la UNESCO, que "la exigencia de los derechos humanos es demasiado antigua y profunda, y la violación de los mismos ha sido demasiado brutal y generalizada en tiempos recientes, y está todavía demasiado extendida, como para que podamos permitirnos solamente celebrar los resultados positivos"¹.

Pasaron 50 años, pero nuestro mundo sigue siendo un planeta inhabitable para la mayoría de los seres humanos. Los derechos humanos siguen siendo una lejana utopía para las grandes mayorías. Las cifras espantan. 50 millones de personas se mueren de hambre en este año, cincuenta años después de haber declarado que "toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios" (D. U. Art. 25). 800 millones de personas corren el riesgo de no poder salir de la extrema pobreza en que se encuentran. 1430

* Jesuita. Coordinador de SERPAJ-Uruguay. Consultor en la ONU en el área de Derechos Humanos. Autor de varios libros e integrante del Consejo Redactor de Misión.

¹ En la Conferencia internacional sobre los derechos humanos, Teherán, 23 de abril de 1968

millones de personas no saben leer ni escribir. Mientras tanto despilfarramos dos millones de dólares por minuto en gastos militares, el equivalente a la totalidad de la deuda del Sur pobre a los países ricos del Norte.

Esta bochornosa situación nos empuja más allá de una simple preocupación si nos preciamos todavía de ser humanos. Nos hace quedar más que incómodos frente a la manera clásica de encarar los derechos humanos y en particular ante la manera de luchar de muchas organizaciones de derechos humanos (dd.hh.) que generalmente responden a una concepción limitada e individualista de los dd.hh. No pocas veces tienen dificultad para ver la complejidad estructural-causal de la violación de ellos. La clásica lectura liberal de la Declaración Universal no puede entender que ciertas personas son una especie de negación para la sociedad. No son reconocidas como seres humanos, como personas, como sujetos de derechos. Ellas son los **no-persona**, los **sin rostro**, la multitud pobre de nuestros países del sur.

En la declaración de los 50 años de la Declaración Universal la realidad desborda absolutamente nuestros enfoques para luchar contra la violación a los dd.hh. Porque quien no cierra los ojos ante la agonía y la tortura de un niño con hambre en sus entrañas no puede aceptar sin más las maneras de trabajar y de luchar que hoy tiene la mayoría.

Y nosotros nos preguntamos: ¿quién torturó y mató (de hambre) y sigue matando a ese niño? ¿quién organizó esta cruel "ejecución sumaria"? Porque en la última guerra mundial, que provocó la Declaración que este año celebramos, los torturadores y asesinos se conocían, tenían nombre y apellido, pero hoy no tienen rostro, se llaman opciones económicas y políticas sociales injustas, desempleo generador del cólera, la rubéola, el tétanos, la diarrea... Y esto sucede ahora mismo y sucederá mañana. Ellos matan y torturan cada día en el mundo de hoy 1500 niños por hora, mantienen en la miseria y la postración humana más absoluta a millones de personas, de los cuales 167 millones son niños. Como ser humano, yo no puedo quedar tan tranquilo al saber que por no tener agua potable hoy mueren 17 personas por minuto, que 240 millones de habitantes de zonas rurales de nuestros países pobres carecen de acceso al vital líquido, que por ello viven en condiciones de saneamiento deplorables, y que por ello mueren como moscas. Cada minuto se nos

muere una mujer joven —1500 por día— por causas absolutamente evitables, relacionadas con el embarazo y el parto.

Parece tedioso repetir las cifras que todos conocemos. Pero pasa que ante estas realidades que tenemos delante de los ojos cada día, nuestra concepción de los dd.hh., la misma Declaración Universal y nuestra manera de luchar por ellos parece ridícula si no fuera en ocasiones tan estúpidamente ingenua.

No podemos fantasear sobre lo que está en juego. No podemos equivocarnos o trampear con las palabras. En estas circunstancias es muy difícil abordar el tema de la celebración del 50 Aniversario de la Declaración Universal. Es muy difícil darse cuenta de los matices del vocabulario. No llamemos celebración y fiesta "a aquello" que no es sino un tratado de guerra escrito con la sangre de los empobrecidos. Podríamos hacer creer que estamos aquí delante de una reflexión clásica sobre los dd.hh. Y podríamos terminar inflados de irresponsable utopía. En realidad este es un tema durísimo, que trata sobre el terrible asunto de cómo evitar la muerte y cómo hacer vivir a tantos niños que van a enfermar antes que termine este día. Es el problema de celebrar los 50 años abordándolos desde *el punto de vista de aquellos que son desposeídos* de su dignidad y de su vida. Al contrario de la concepción liberal, que centra su discurso sobre los derechos de las persona, nuestra concepción de los dd.hh. no puede tener como centro y punto de partida sino a la **no-persona**, a la multitud pobre de nuestros campos y ciudades.

Y empecemos reconociendo descarnadamente y ex-abrupto —como cuando los antiguos profetas bíblicos comenzaban con su "ayes" hacia los mayores pecadores— que la violencia y la violación a los dd.hh. más grave es la estructural e institucional. Y lo es tanto por su extensión como por su profundidad y continuidad. Esa es la violencia que pesa como una lápida mortuoria sobre el pueblo pequeño e inocente, gravitando en sus vidas desde que nacen en un tugurio donde no viven ni los perros, hasta que son matados en una calle cualquiera muriendo antes de tiempo.

La Declaración Universal: su fundamentación y noción

No cabe duda que la expresión "derechos humanos" es una formulación histórica, que ha nacido en la etapa moderna dentro de una cultura llamada occidental, y que ella recoge experiencias muy básicas,

extensibles a toda la humanidad porque se refieren eminentemente a la dignidad de las personas como integrantes de ella.

Por tanto el contenido y análisis de dicha expresión deberá tener en cuenta los condicionamientos de su génesis y su posterior evolución histórica, pero al mismo tiempo deberá también reconocer la riqueza objetiva que los derechos humanos conllevan y que sobrepasa las concreciones histórico-culturales que de ellos se han dado hasta el momento.

Porque los derechos humanos indican la existencia de una serie de prerrogativas que afectan a toda persona humana por el mismo hecho de serlo, independientemente de sus circunstancias de tiempo, lugar, cultura, religión, sexo, etcétera. Los derechos humanos no se fundamentan en la realidad de lo que es hoy una persona humana, sino de lo que debería ser, teniendo en cuenta el ideal universal de personas humanas. Por eso, los derechos humanos tienen una irrenunciable base ética, de donde luego nacerá una realidad jurídica que los impondrá como principio regulador de los diversos elementos que conforman el orden social y estatal.²

Serán derechos subjetivos porque se refieren a un sujeto humano, pero al mismo tiempo serán universales, indivisibles, inalienables e irrenunciables por constituir exigencias que orientan hacia la realización objetiva y plena de la persona humana. Se constituyen así como referente ético universal y son previos a la constitución jurídica de las sociedades, aunque la toma de conciencia de ellos y el proceso de determinación de sus significados sea progresivo y posterior por ser una realidad histórica.

Al mismo tiempo es muy importante notar que si la humanidad ha llegado a un cierto acuerdo en torno a los derechos humanos especificado en la Declaración Universal, el problema de su fundamentación última continúa siendo un tema abierto. Porque es claro que no basta una fundamentación de tipo positivista. Tal fundamentación "es incapaz de establecer la existencia de derechos naturalmente inherentes al ser humano, anteriores y superiores a las

² TORRES, Fernando, Derechos Humanos, en: VIDAL, Marciano, Conceptos fundamentales de ética teológica, Ed. Trotta, Madrid, 1992, p. 667.

legislaciones escritas y a los acuerdos entre gobiernos, derechos que no le incumbe a la comunidad el otorgar, sino el reconocer y sancionar como universalmente valederos, y que ninguna consideración de utilidad social podría, ni siquiera momentáneamente, abolir o autorizar su infracción³. Esto es así porque para fundamentar los derechos humanos, el *deber ser* que proclaman, es necesario acudir a una realidad que esté más allá de la misma persona humana. Se intentó fundamentarlos en la naturaleza humana, en la fe en diversas revelaciones divinas, en la importancia del individuo y su libertad (individualismo occidental), en la colectividad (colectivismos), en el personalismos (valor de la persona), en el bien común (que no supone la negación u opresión de la persona, sino que consiste en favorecer el crecimiento de ella y afirma que sólo a partir de una relación solidaria es posible para el sujeto humano su realización como persona), etcétera. Pero la verdad es que ninguno de estos planteamientos aislados termina por solucionar el problema. Porque si decimos que los derechos humanos se fundamentan en la persona humana: ¿dónde se fundamenta el valor de ella? ¿Dónde se apoya la dignidad humana? ¿Cómo podemos hacer de la persona humana y su dignidad un absoluto, cuando nuestra experiencia inmediata es precisamente de la contingencia?

Estamos así ante un desafiante y complejo problema de orden metafísico y no ético, pero que únicamente se podría resolver a través "de la afirmación de algún absoluto" (llámese Dios o con cualquier otro nombre) en el que se apoye la persona y su dignidad. Esto es de importancia capital porque dicho absoluto será siempre la condición de posibilidad para que la persona sea fuente de valores y, por lo tanto, lugar de afirmación de los derechos humanos. No afirmar ese absoluto supondría quedarse en la pura contingencia y negar un auténtico fundamento a los derechos humanos.

"En conclusión, no hay ahora mismo una fundamentación clara y común de los derechos humanos. Pero sí podemos afirmar que existe en general la intuición de que esos derechos son previos a todo reconocimiento jurídico y de que los estados deben poner los medios

³ MARITAIN, J., *Acerca de la filosofía de los derechos del hombre*, en E.H. Carr y otros, *Los derechos del hombre*, Barcelona, 1973, p. 116.

necesarios para que los sujetos humanos puedan realizarlos, como medio para llegar a realizarse en plenitud; para que todo hombre o mujer pueda, como decía la declaración de Virginia en 1776, alcanzar la «felicidad»⁴.

El principio sensibilidad: pathos y eros

Para conmemorar la Declaración Universal, la única manera de zafar al embrollo del discurso, es remontándonos al origen de nuestra opción por los derechos humanos. Y nos encontraremos con que esta opción, si es auténtica, generalmente se inició como cuando se da a luz la vida humana, en *un grito*. Un grito escuchado y sentido como en carne propia (...) La opción por los dd.hh. no nace de una teoría ni de una doctrina en particular. La misma Declaración Universal es producto de una larga y compleja madeja de gritos y "ayes" de millones de personas a lo largo y ancho del planeta y de la historia. Es respuesta a esos gritos. La legislación, la codificación de los dd.hh., su concreción en Convenciones, Pactos y Protocolos, es *posterior* a esa instancia primordial del "escuchar" y "sentir" el grito de quien se ha convertido en víctima, de quien ha sido despojado de su dignidad o de sus derechos.

Y del grito pasamos a la *compasión*. El mero texto de la Declaración Universal de los dd.hh. difícilmente podrá ser origen y canal de una *vocación* sostenida y desinteresada en favor del sufriente y del oprimido. Lo importante es que la opción por los dd.hh. lo que **pro-voca** (*pro*: = adelante; *vocare*: = llamar; es decir: lo que llama desde adelante) a la movilización de nuestras energías amorosas, a la com-pasión, no es la doctrina, ni siquiera la reflexión, sino la capacidad de oír el grito sufriente y tener la sensibilidad para responder a él. El primer movimiento pasa entonces por la sensibilidad del "corazón", pesa en las entrañas, será una *opción* y una *vocación entrañable*.

Pero atención, no estoy afirmando que el sentimiento (*pathos*) y la "sensibilidad" se oponga al *logos* (comprensión racional), digo que ellos son también una forma de conocimiento pero mucho más abarcante y profundo que la razón, porque la incluyen y la desbordan.

⁴ TORRES, Fernando, op. cit. p. 670.

Estamos afirmando algo que para el defensor de los dd.hh. es fundamental: que en el origen no está la razón, sino la pasión (*pathos* y *eros*). Y que su misma razón actúa movida, impulsada por *eros* que la habita. El militante de los dd.hh. no puede ignorar que *pathos* no es mera afectividad, no es mera pasividad que se siente afectada por la existencia propia o ajena, sino que es principalmente actividad, es un tomar la iniciativa de sentir e identificarse con esa realidad sentida. Y el *eros* no supone un mero sentir, sino un *con-sentir*. No es una mera pasión, sino una *com-pasión*. No es un mero vivir, sino un *con-vivir*, simpatizar y entrar en comunión.

Lo propio de la razón es dar claridad, ordenar y disciplinar la dirección del *eros*. Pero nunca está sobre él. La trampa en que cayó nuestra cultura es la de haber cedido la primacía al *logos* sobre el *eros*, desembocando en mil cercanamientos de la creatividad y gestando mil formas represivas de vida. Y la consecuencia es que se sospecha profundamente el placer y del sentimiento, de las "razones" del corazón. Y entonces campea la frialdad de la "lógica", la falta de entusiasmo por cultivar y defender la vida, campea la muerte de la ternura. Esto, para quien pretende hacer realidad la Declaración Universal de los dd.hh., es letal.

Mirando el futuro: el camino que habremos de recorrer

1. Tener presente la otra mitad de la humanidad

Antes de cerrar esta consideración, la mitad de la humanidad nos obliga a una disgresión de capital importancia: debemos señalar que las mujeres están proponiendo con pertenencia y urgencia una reconceptualización de los derechos humanos puesto que ellos hasta hoy se fundamentan en una visión no inclusiva, que no se basa en el respeto de las diversidades para la construcción histórica de un concepto "humano" universal menos machista y discriminatorio. Ellas afirman con vehemencia que reconceptualizar lo humano va necesariamente más allá de un mero añadir la variable de género a las expresiones de derechos existentes. Es necesario introducir una visión crítica que abarque el contexto sociopolítico de género en el que los derechos humanos fueron siempre conceptualizados, lo que supondrá un nuevo análisis teórico, amén de un cuestionamiento sobre las prácticas que se vienen dando. Las mujeres nos

hacen conscientes de que en las concreciones de los derechos humanos siempre se ha tenido en exclusividad al "hombre" (varón) como paradigma de lo humano, teniendo este referente un contenido eminentemente ideológico, más que semántico.

2. Capacidad punitiva

Cabe agregar todavía a nivel internacional, dada la estructura actual del sistema de Naciones Unidas, que los derechos humanos no tienen la suficiente protección jurídica. Ello implicaría modificar sustancialmente, entre otras cosas, la base constitutiva del Consejo de Seguridad y que el establecimiento del Tribunal Penal Internacional recientemente aprobado comience a funcionar con verdadera capacidad punitiva.

Conclusión

Pero mientras esta transformación no llegue, los derechos humanos seguirán siendo la instancia ética mayor de la humanidad por su concreción como "discernimiento crítico/utópico". En todo momento y circunstancia habrá que seguir luchando y urgiendo todos aquellos presupuestos que hagan posible el paso de los derechos humanos del ámbito utópico y formal al ámbito real. Ello pasa por la creación de nuevas estructuras sociales, económicas, culturales y políticas que viabilicen dicho tránsito. De lo contrario, una estructura social injusta no sólo lo mantendrá al nivel de lo utópico, sino que hasta podrá convertir a la declaración de derechos humanos en un perverso instrumento de opresión para los más débiles.

Llegamos así al final de nuestra reflexión. A 50 años de La Declaración Universal, ella aparece como una plataforma mínima, pero luminosa y necesaria para encarar la realidad y la convivencia de las personas humanas. La pluralidad de morales y la unicidad de la ética, que reemplazó el clásico tema del derecho natural y la ley positiva, nos hicieron descubrir lo procedente de la Declaración Universal como referente ético de la humanidad toda para enfrentar la función destructiva de lo malvado, lo insolidario y lo injusto a fin de relanzar la historia hacia mayores y más humanas realizaciones. Como la ética es una y absoluta, y su expresión son los derechos humanos, ella reaparece con fuerza en las personas que han sabido encarnarlos en sus vidas y en su práctica vital cotidiana.